



Se había vuelto loco.

necesito sus consejos para adoptar una resolución.

Dos monjas fueron á cumplir esta orden, y una y otra vez golpearon en la puerta que comunicaba con la habitación de Cecilio; pero éste no sacudía con facilidad el pesado sueño producido por la borrachera. Tanto repitieron los golpes y con tanta fuerza, que al fin el demandero despertó sobresaltado y del lecho se arrojó esforzándose para guardar el equilibrio.

—¿Quién llama?—preguntó con voz obscura.

—¡Abrid pronto!—le dijo una de las monjas.

El demandero empleó algunos minutos en echarse agua fría en el rostro, y consiguió que algo se despejara su cabeza.

—¡Picaro vino!—exclamó.

Dió vuelta á la llave y se abrió la puertecilla.

—¿Qué sucede?—preguntó.—En gran cuidado me ponéis. ¿Hay algún enfermo?

—¡Corred, despertad al padre Capellán, y decidle que venga inmediatamente! ¡Pronto, hermano Cecilio, porque, según todas las apariencias, el Diablo se ha metido en esta santa casa!

—¡Que Dios nos asista!

—¿No habéis observado esta noche nada que os llame la atención?

—Nada, porque...

Se interrumpió el demandero; pensó entonces que se trataba de la desaparición de la novicia, y creyendo que había llegado el momento de decir la verdad, y no queriendo renunciar al mérito que le parecía haber contraído, dijo:

—¡No gritéis! ¡Esperad! Supongo que el suceso á que os referís es la desaparición de esa novicia...

—¿Cómo lo sabéis?

—¡Bah!—repuso ufanamente Cecilio.

Y desplegó una sonrisa de satisfacción, y hasta de orgullo, añadiendo:

—Tengo que hablar de este asunto con la reverenda Superiora, y es preciso arreglarlo todo de manera que el criminal no se escape.

—¡El criminal!...

—La novicia está bien guardada, y pronto la veréis en el aposento del sacristán.

—¡Con el sacristán!—exclamaron las monjas.

—Sí; y por cierto que...

—¡Horror!...

—¡Silencio he dicho!

—¿Habéis perdido la razón?

—Que venga la reverenda Superiora, pues yo no me atrevo á separarme de aquí, porque podría suceder que el tal Cuasimodo, que es un desalmado, un hereje...

—¿Qué estáis diciendo?

—Podéis tranquilizaros, porque contamos con la ayuda del Sr. Casiano, que es un hidalgo tan noble de alma como de cuna, y q' e...

—¡Está loco este infeliz!—exclamó una de las monjas.

—¿Así me tratáis cuando acabo de prestar un gran servicio á la Comunidad?

—¡Os entenderéis con la reverenda Superiora!

No era posible que las monjas siguieran escuchando; dijeron á la Abadesa que Cecilio se había vuelto loco.

—¡Virgen Santísima!—exclamó la anciana.

—Quizás le han dado algún bebedizo, pues sabe que la novicia no está en el convento; pero asegura que se ha ido con el sacristán, y habla de un señor Casiano y de un Cuasimodo, y dice tales desatinos...

—¡Vamos, y que Dios nos proteja!

Todas las monjas siguieron á la anciana.

Entretanto el demandero habíase echado otra vez agua en el rostro, y ya estaba completamente despejado. Se le presentó la Superiora, que le miró con alguna desconfianza, porque siempre un loco infunde miedo, y le dijo dulcemente:

—Hermano, conviene que al momento despertéis al padre Capellán.

—No es menester, reverenda madre; pero obedeceré si lo consideráis preciso. Á nadie necesitamos para sorprender á la novicia, que, según he dicho antes, se encuentra con el sacristán.

—¡Hermano Cecilio!...

—Y como contamos con la ayuda del señor Casiano, que es el mismo que ha de casarse con la madre de la novicia.

—¡Desdichado!

—El desdichado es el bribón de Cuasimodo, que acabará de pasar la noche en los ca-

labozos de la santa Inquisición, y le quemarán vivo por haber profanado esta santa casa y por haber intentado...

—Avisad al sacristán.

—Debe de venir de un momento á otro.

—Avisadle, ó yo misma iré.

—Obedezco.

Cecilio fué á la habitación del rapavelas, que seguía dormido con la frente apoyada sobre la mesa. El demandadero le asió por un brazo y le sacudió rudamente, diciéndole:

—¡Despertad, hermano! ¿Al sueño os entregáis en estos momentos críticos? ¡Despertad! ¿Os habéis emborrachado?

No volvía en sí el desdichado Casimiro; Cecilio, pensando que podían comprometerse muy gravemente, y sin tener en cuenta ninguna consideración, adoptó una resolución suprema, y tomando el jarro que lleno de agua había quedado sobre la mesa, lo vació sobre la calva y el cogue del infeliz sacristán. La impresión fué demasiado fuerte, y á pesar del narcótico estremeciése Casimiro, brincó, exhaló un grito y en pie se puso, mirando con espantados ojos al demandadero.

—¡Gracias á Dios!—exclamó éste.

—¡Cecilio!... ¡Ay!

—¡Silencio!

—¿Qué habéis hecho conmigo? ¿Qué me sucede? ¡Dios misericordioso!

Mientras así hablaba, moviase en todas direcciones el desdichado sacristán, se palpaba la cabeza y tiritaba.

—Para haceros despertar—le dijo Cecilio,—he tenido que echaros agua. ¿Por qué os habéis emborrachado? ¡En una noche como ésta!... ¿Aún no ha venido Cuasimodo?

—No; pero...

—¿Y el Sr. Casiano?

—¿El Sr. Casiano? ¡Es verdad!

—¿Dónde se ha metido? Debe de estar aquí—añadió el rapavelas acercándose al aposento donde había estado la hija del Rey.

No vió más que los hábitos de ésta en el suelo.

—¡Que Dios nos ampare!

—¿Y la novicia?

—¡Ha desaparecido!

—Pero...

—¡Nos han engañado!...

—¡Y yo que acabo de decir que aquí se encontraba!

—¡Estamós perdidos!

—¡Perdidos!...

—¡Iremos á la Inquisición!

—¡Vos tenéis la culpa!

—¡Vos, porque os emborrachasteis!

—¡Eso decís cuando os encuentro dormido!

No sabemos cómo hubiera terminado la escena si la Superiora, viendo que no volvía Cecilio ni se presentaba el sacristán, no hubiera decidido ir á buscarlos. No puede explicarse lo que entonces sucedió. El sacristán hablaba también de la novicia, del hidalgo y de Cuasimodo, y no era posible que se entendieran. Pasó una hora, y en fuerza de ir y venir, gritar, preguntar y responder, fatigáronse y empezó á cesar la confusión. Entonces pudo explicarse Casimiro, y con una sinceridad digna de elogio refirió cuanto había sucedido.

La anciana Superiora escribió á D. Lope de Santisteban, rogándole que fuese á verla sin pérdida de momento, y apenas amaneció le envió la carta.

Mientras que la confusión llegaba al último punto en el convento, una ronda que bajó por la Cuesta de Santo Domingo encontró el cadáver de Lucas y á D. Juan de Haro, que aún permanecía inmóvil en aquel sitio. Inútil fué dirigirle preguntas, porque no respondía sino con palabras incoherentes, y tales cosas dijo, que al fin comprendieron que había perdido la razón. Como era un personaje, le llevaron á su casa, adoptando las disposiciones convenientes. El cadáver del escudero fué fácilmente identificado. Á la mañana siguiente el objeto de todas las conversaciones era la horrenda desgracia de D. Juan de Haro, sin que nadie pudiera explicarse por qué le habían encontrado en la Cuesta de Santo Domingo y junto al cadáver de uno de sus criados.

D. Lope fué al convento apenas recibió la carta, preguntando con tono de extrañeza á la Superiora:

—¿Qué sucede, reverenda madre?

—¡Se ha ido!—exclamó la religiosa.

—¡Que se ha ido! ¿Quién?

—¡La novicia, la hija del Rey!

—¡Señora!...

—Anoche desapareció. Nos engañaba, fingía para inspirarnos confianza; pero estaba en comunicación con su criminal amante.

—¡Lo que decis es incomprensible!

Repitió la anciana cuanto le había dicho el sacristán, y luego pidió consejos á D. Lope.

—Reverenda madre—dijo éste,—si al Rey le damos la noticia, le mataremos. Por consiguiente, nuestra obligación es callar y guardar la más absoluta reserva, á menos que Su Majestad recobre completamente la salud y pueda sin peligro ocuparse en este asunto. Tampoco debéis hacer ninguna otra cosa: primeramente, porque el sacristán y el demandadero, según se ve, han pecado más por inocencia que por malicia, y, además, porque si contra ellos se procede, se produciría el escándalo y padecería mucho el prestigio de la Comunidad. El mal no ha de remediarse, y es prudente evitar nuevas complicaciones y disgustos. Ésta es mi opinión; pero vos determinaréis lo que mejor os parezca.

Convencióse la anciana de que lo que más convenía era callar, pues mientras el suceso fuese ignorado no se le exigiría ninguna responsabilidad.

Desde el convento fué á Palacio D. Lope, y el Rey le preguntó sencillamente qué novedades había en la corte.

—Señor—dijo el caballero,—la justicia de Dios empieza á manifestarse. Anoche encontraron junto al convento de Santo Domingo á D. Juan de Haro, á cuyos pies estaba sin vida su escudero. Lo que haya sucedido no puede averiguarse, porque D. Juan se ha vuelto loco.

Silencioso quedó el Monarca por algunos minutos.

—¡Todo eso es horrible!—dijo al fin.

—En sus propias culpas han encontrado el castigo los criminales.

—¿Y cómo crees que ha podido suceder eso?

—Supongo que algo intentaban, y que allí se encontraron con Paredes y Cabral. Supongo también que D. Juan, por efecto de la contrariedad, y al desvanecerse su última esperanza, ciego por la ira, trastornado por el despecho, perdió el juicio.

—Convendría que fueses al convento para saber si ocurre otra novedad.

—De allí vengo, señor.

—Has adivinado mis deseos.

—Vuestra Majestad puede estar completamente tranquilo.

—Mientras esos dos hidalgos queden libres, no viviré con calma.

—Señor, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague: así lo dice el adagio.

—¡Sí—interrumpió el Rey con voz sombría;—todós los plazos se cumplen, y también el de nuestra existencia! No hay deuda que no se pague, porque en la eternidad está la justicia de Dios. ¡Dichoso al que muere con la conciencia tranquila! ¡Pagar las deudas! ¡Oh!...

Se estremeció el Monarca inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil; gradualmente se hacía más densa la palidez de su rostro. Al fin murmuró:

—¡Tengo frío! ¡Se apaga el fuego de la vida!

—¡Señor, esas ideas!...

—¡Ideas!—replicó con amargura el Monarca.—¡Son realidades! ¡Tú no puedes comprender la debilidad de la vejez, no puedes comprender su tristeza, su horrible tedio, y!... ¿Por qué no he de decírtelo? El miedo, el espanto; porque cuando nos encontramos al borde de la sepultura, cuando sentimos que nuestra vida se extingue, se levantan dudas, y la conciencia... ¿Qué será de mi alma? Ya no me importa el juicio del mundo; pero el de Dios me espanta. Desde el día que se me presentó Alfonso de Paredes...

—¡Os hacéis mucho mal, señor!

—No, porque ya está señalada la hora de mi muerte, y no es posible menguar ni prolongar mi existencia. ¡Cuántos recuerdos se agolpan á mi mente! ¡Y qué recuerdos tan horribles! ¡Margarita, sacrificada á los delirios de mi pasión; nuestra hija!... ¡Pobre niña! Y además...

—Señor—dijo D. Lope,—como uno de nuestros primeros deberes es la conservación de nuestra vida, me parece que debería Vuestra Majestad permitir que le viese el médico.

—¿Acaso la ciencia tiene recursos para hacer del hombre un ser inmortal? Para todas las enfermedades hay remedio, menos para la vejez. Pero dispón lo que quieras.

Inmediatamente acudieron los médicos; declararon que el Rey no podía vivir mucho tiempo.

CAPÍTULO XXVIII

Lo que al morir dispuso

Felipe IV.

Dos meses pasaron.

Al lado de su madre, la hija del Rey se consideraba la más feliz de las criaturas; su conciencia se había tranquilizado completamente. Cuantas veces lo permitía la prudencia, iba el Sr. Domingo al convento.

Paredes, que ya tenía que hacer en Madrid, se fué á la casa de campo, donde á lo menos podía moverse con libertad, distrayéndose particularmente con la agradable conversación de la madre de su amigo.

D. Lope de Santisteban no se apresuraba para hacer los preparativos y que de la corte, y aun de España, pudieran salir los dos enamorados, y sobre este punto á nadie quiso dar explicaciones, concretándose á decir:

—Todo se arreglará sin molestias ni peligros; pero conviene esperar el momento oportuno.

El Rey había conseguido tener la tranquilidad que tanto deseaba, pues ya no se cuidaba de su hija ni nadie le hablaba de los dos hidalgos; pero, en cambio, se aburría, porque ningún alimento tenía su inquieta imaginación. Llegó un día en que no pudo abandonar el lecho, y aunque aseguraba que no se sentía tan mal como otras veces, opinaron los médicos que su estado era muy grave y que convenía pensar ante todo en la salvación de su alma.

La ciencia empleó todos sus recursos pero nada consiguió. Felipe IV al fin comprendió que iba á morir, y él mismo pidió los auxilios espirituales. Apenas se separaba del lecho D. Lope de Santisteban, cuyas palabras eran las únicas que parecían agradables al moribundo.

—Mi querido Lope —dijo un día á su antiguo paje,—no puedo olvidar el adagio que me recordaste con motivo de la espantosa desgracia de D. Juan de Haro. «No hay plazo que no se cumpla»; y el de mi existencia terminará dentro de algunas horas. Dejo sin pena este mundo, que ya no me ofrece más que sufrimientos; pero me horrorizo al pensar que no podré librarme de pagar también mi deuda. He cometido grandes faltas que han producido grandes males, y sufro mucho porque no puedo remediarlos. Si crees que aún puedo hacer algún beneficio para que Dios me mire más misericordiosamente, dímelo, porque en estos solemnes momentos quiero entregarme, no solamente á tu buen juicio, sino á tu conciencia.

—Señor, la inocente criatura fruto de las debilidades de Vuestra Majestad...

—¡Basta, Lope! Debo perdonar, y perdonaré. Inmediatamente quedará rehabilitado el nombre de Cabral, y te autorizaré para que á mi hija saques del convento. La dotaré convenientemente; pero guardad este secreto, os lo suplico.

—¡Señor!...

—Tengo que aprovechar los pocos minutos que me quedan de vida.

También quería D. Lope que se aprovecharan.

Felipe IV habló con su ministro, dió las órdenes más terminantes y todo quedó arreglado, aun mejor de lo que podían desear los que tanto habían sufrido. No se olvidó de Paredes, y dispuso que se le entregase una cantidad que le permitiera vivir con decoro. En seguida se preocupó exclusivamente de su alma, y pocas horas después dejó de existir.

El señor de Santisteban llevó la triste noticia al convento de San Plácido, y escribió al Sr. Diego y á D. Luis de Vargas. Margarita no quiso separarse de su madre ni unirse al hombre á quien amaba tanto hasta que hubiese transcurrido un año después de la muerte de su padre.

Cuando llegó el día en que el sacerdote debía bendecir aquella unión, el Sr. Diego de Paredes dijo:

—Yo también me caso.

—¡Que os casáis! —exclamó sorprendido Cabral.

—Sí; y además de vuestro amigo, seré vuestro padre.

—¡Sr. Diego!...

—La cosa es clara: vuestro padre seré, porque me casaré con vuestra madre.

Éste fué el resultado de la estancia de Pa-

redes en la casa de campo. En un mismo día se hicieron las dos bodas. Reinaba ya el infeliz Carlos II *el Hechizado*.

D. Lope de Santisteban, cumpliendo sus propósitos, se retiró de la corte con su fami-

milia. Todavía vivió algunos años, y por cierto felizmente, el Sr. Alfonso. Gil recibió la recompensa que merecía, y fué también dichoso. Así terminó el drama cuyos misterios hemos dado á conocer.

FIN DE LA NOVELA

INDICE

Págs.

CAPÍTULO I.—Sombras chinescas.....	5
II.—Escena borrascosa.....	7
III.—Cómo probó el Sr. Diego que era cómico muy hábil.....	13
IV.—La carta.....	16
V.—En qué consistieron las precau- ciones adoptadas por el se- ñor de Santisteban.....	20
VI.—El ingenioso medio que buscó D. Lope.....	23
VII.—De cómo el Sr. Diego y don Lope consiguieron aturdir al Sr. Domingo.....	28
VIII.—Idas, venidas, conversaciones y cintarazos.....	31
IX.—Donde veremos lo que hizo el Sr. Diego de Paredes.....	35
X.—Lo que hizo el Sr. Diego, y cómo la fortuna le concedió más de lo que pedía.....	46
XI.—Le toca á Lucas.....	51
XII.—Cómo representó el sacristán su papel.....	55
XIII.—Cómo Paredes aprovechó las armas de su enemigo.....	61
XIV.—Cómo trabajó el sacristán.....	65
XV.—La cena.....	69
XVI.—Cómo se encontraba el Rey, y lo que hizo el sacristán.....	71
XVII.—Sigue la farsa.....	74
XVIII.—Un misterio.....	76
XIX.—Preparativos misteriosos.....	78
XX.—El resultado que dió el golpe..	80
XXI.—Primeras consecuencias.....	86
XXII.—Se acerca el momento.....	86
XXIII.—Cómo se puso en práctica el plan.....	90
XXIV.—Lo que sucedía fuera del con- vento.....	93
XXV.—En la huerta y en la calle.....	94
XXVI.—Confusión y apuros.....	96
XXVII.—Lo que al morir dispuso Feli- pe IV.....	101

LA NOVELA DE AHORA

Publicación semanal

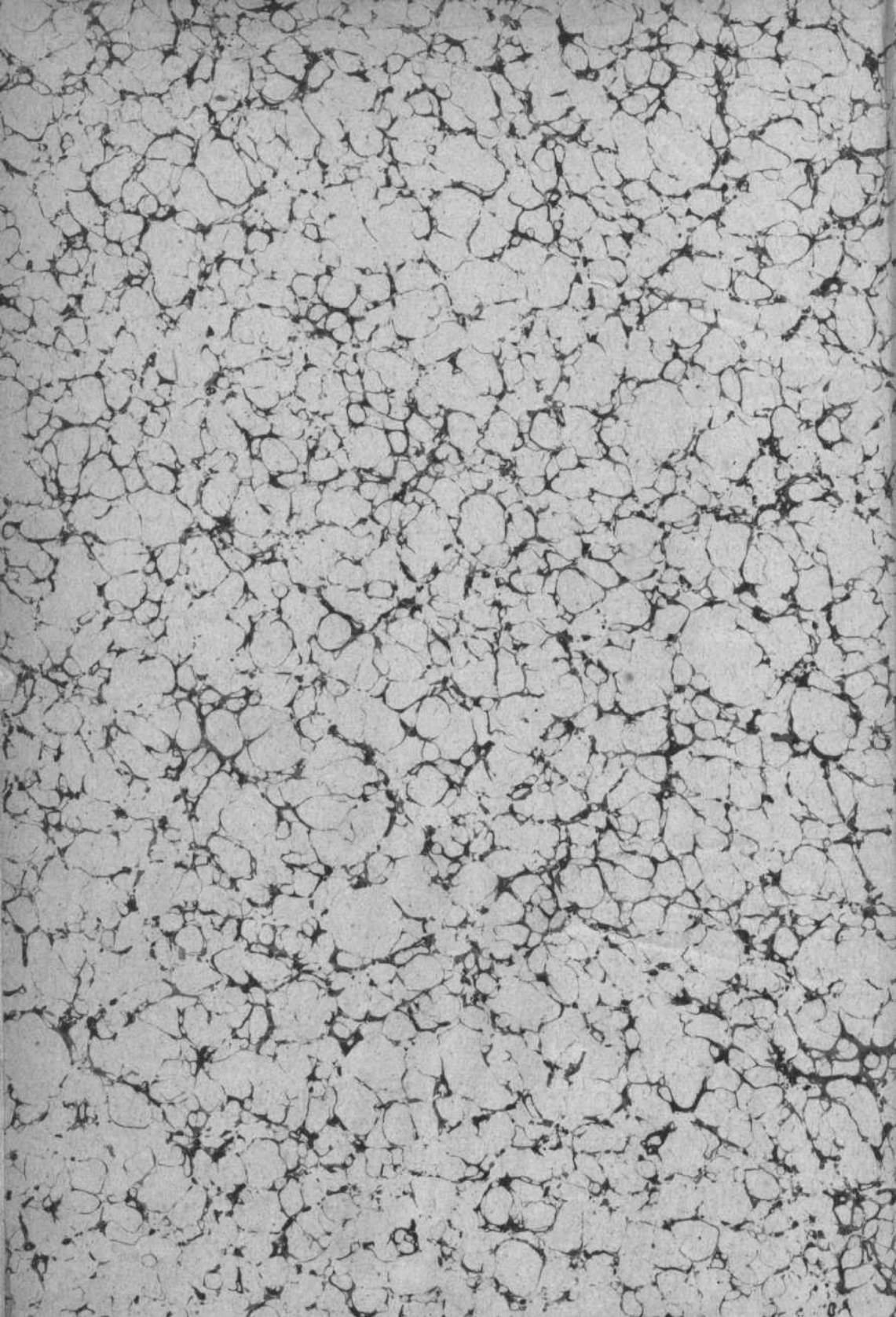
AÑO IV. — TERCERA ÉPOCA

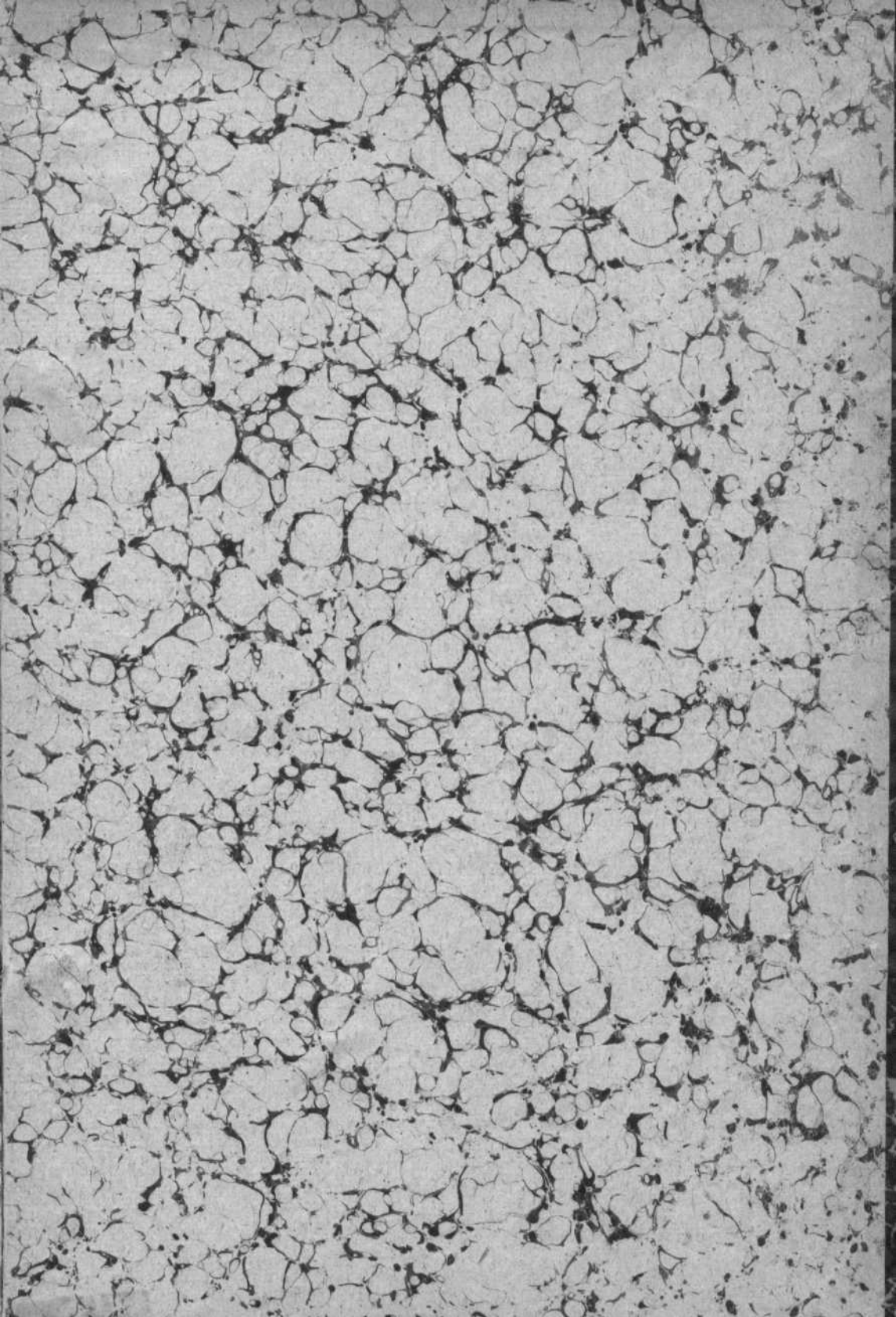
OBRAS PUBLICADAS

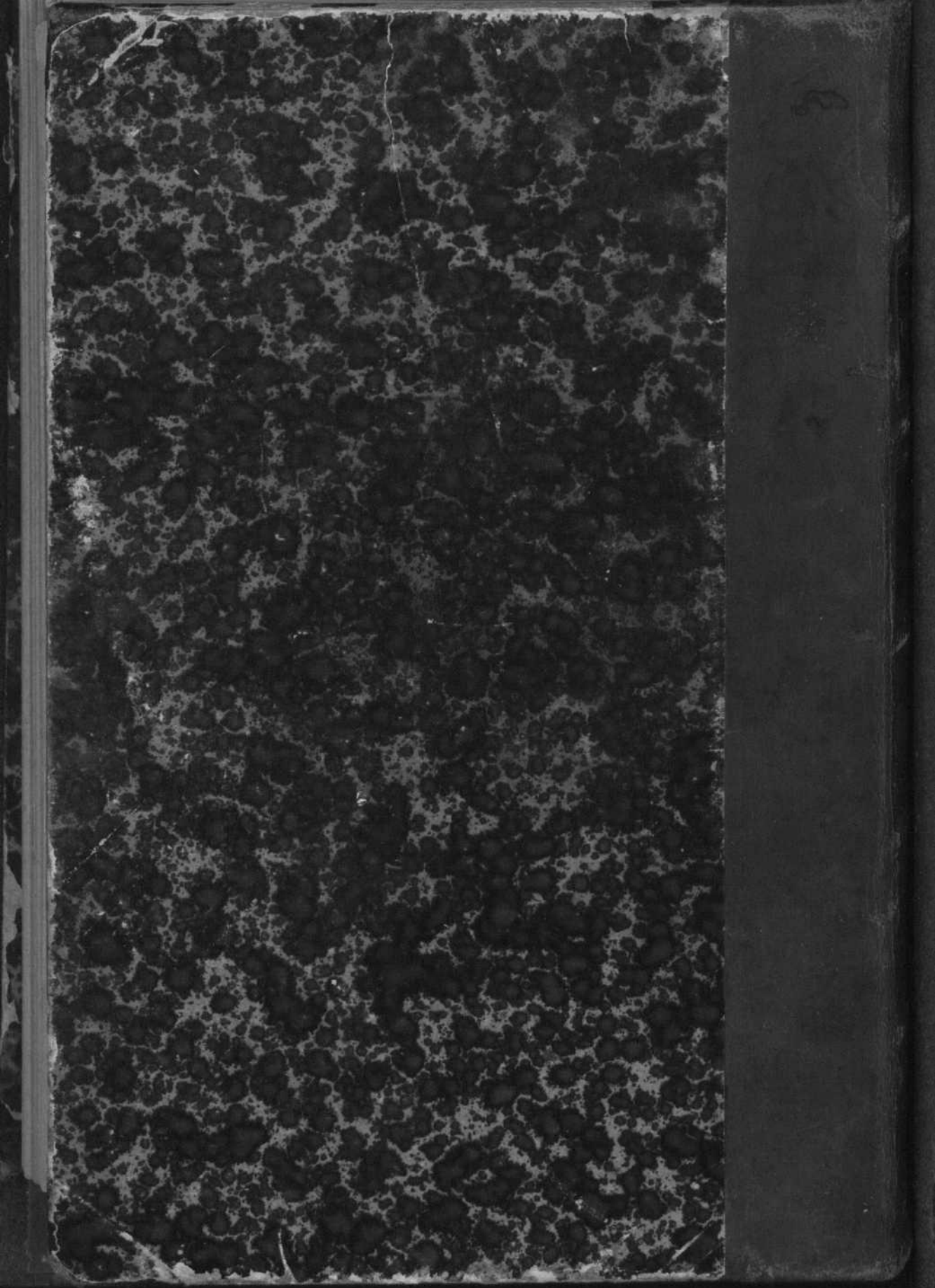
- Armando Palacio Valdés.** — La aldea perdida.
- H. Rider Haggard.** — Aventuras de Allan Quatermain en el Africa Central.
- Ramón Ortega y Frías.** — Honor de esposa y corazón de madre (cuatro volúmenes).
- Emilio Salgari.** — La ciudad del Rey leproso (dos volúmenes).
- Antonio Cánovas del Castillo.** — La campana de Huesca.
- Pierre Maël.** — Sin dote.
- Carlos Frontaura.** — Brígida.
- Francisco Navarro Villoslada.** — Amaya ó los vascos en el siglo VIII (reimpresión; cuatro volúmenes).
- Pierre Maël.** — La Cenicienta.
- José Selgas.** — Una madre.
- Emilio Salgari.** — Los bandidos del Sahara (dos volúmenes).
- Florencio Luis Parreño.** — El héroe y el César (cuatro volúmenes).
- Conde de las Navas.** — Chavala.
- Carlos Dickens.** — Aventuras de Mr. Pickwick (cuatro volúmenes).
- Emilio Salgari.** — La montaña de luz (dos volúmenes).
- Manuel Fernández y González.** — La piel de la justicia.
- Carlos Frontaura.** — La maldita vanidad.
- Walter Scott.** — Ivanhoe (dos volúmenes).
- Eusebio Blasco.** — Una señora comprometida.
- Octavio Feuillet.** — El diario de una mujer.
- Francisco Navarro Villoslada.** — Doña Blanca de Navarra (tres volúmenes).
- Meredith Nicholson.** — La casa de las mil bujías.
- Charles Foley.** — Kowa la misteriosa (dos volúmenes).
- Florencio Luis Parreño.** — La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo (siete volúmenes).
- Florencio Luis Parreño.** — Los invencibles, el Monarca y la hoguera (seis volúmenes).
- Paul Féval.** — Las hijas de la Luna.
- Paul Féval.** — Diana y Elena.
- Mariano José de Larra.** — El doncel de Don Enrique el Doliente (dos volúmenes).
- Pedro Escamilla.** — El sacristán de las monjas.
- Torcuato Tárrego y Mateos.** — El puñal de oro (cinco volúmenes).
- Paul d'Ivoi.** — El Corsario invisible.
- Paul d'Ivoi.** — Triplex.
- Paul d'Ivoi.** — La isla de oro.
- Daniel Lesueur.** — Secreto mortal (tres volúmenes).
- R. Ortega y Frías.** — El testamento de un conspirador (seis volúmenes).
- Emilio Salgari.** — En las fronteras del Far-West (dos volúmenes).

6 tones en 1 vol

102 + 95 + 95 + 95 + 95 + 102







ORTEGA Y FRIAS

EL
TESTAMENTO
DE UN
CONSPIRADOR

J. DEL POZO